

Editorial

Educar en la modernidad líquida

Ya resulta un lugar común el afirmar, ante la velocidad y profundidad con que hoy se producen los cambios en los ámbitos más diversos, que vivimos un “Cambio de Época” más que una “Época de cambios”. Es verdad que, en la historia humana, siempre ha habido cambios. La novedad consiste en la rapidez e intensidad de dichos cambios. Si las generaciones anteriores nacían y vivían en un mundo de certezas y valores absolutos en el que los cambios eran a un ritmo tan lento que podían asimilarlos con naturalidad, hoy sentimos que el vértigo de los cambios recientes nos asoma a un mundo desconocido, misterioso, extremadamente complejo y que, en consecuencia, se hundan bajo nuestros pies muchas viejas certezas y seguridades.

De la salvación por la fe, pasamos a la salvación por la ciencia, y hoy estamos entrando en “sálvese quien pueda”. Frente a otros tiempos históricos y culturales, las explicaciones actuales han perdido la simplicidad. Hoy nada es simple, ni unívoco, ni unilineal, ni responde a una única causa. Estamos rodeados por la complejidad. Y la complejidad conduce a la inestabilidad, a la ausencia de claridad, a la inseguridad, a la incertidumbre. Hoy ninguno de nosotros podemos imaginar el futuro cercano, no sabemos cómo será el mañana o si lo tendremos. De ahí que las energías se van en sobrevivir el presente y van desapareciendo las grandes utopías y los sueños de construir un mundo nuevo,

El sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman, fallecido en 2017, empezó a intuir en la década de los ochenta del siglo pasado que nuestra sociedad había dejado de ser consistente y firme y progresivamente avanzaba hacia un desmoronamiento y adaptación, más propio de los estados “líquidos” que sólidos. Acuñó el término de “modernidad líquida” basándose en los conceptos de fluidez, cambio, flexibilidad, adaptación, relativismo de valores. Las estructuras fijas e inmutables propias de la modernidad sólida, desaparecen y fluyen. Hay miedo a fijar algo para siempre. El trabajo ha perdido la seguridad, por lo cual, en buena manera también es líquido, poco predecible y de baja calidad. Se calcula que un adolescente, en la actualidad, tendrá como promedio 40 años laborales, y pasará aproximadamente, por más de 20 puestos de trabajo diferentes.

Vivimos en un mundo precario, provisional, ansioso de novedades. Es una cultura que busca seducir, atraer y distraer a través de señuelos. Los deseos y las necesidades se transforman y cada individuo cree que el mundo comienza y termina en sí mismo. En palabras de Bauman, “la cultura de la modernidad líquida ya no tiene un populacho que ilustrar, sino clientes que seducir”. Las cosas no van a durar mucho y tampoco las relaciones sociales. Por ejemplo, el matrimonio para toda la vida y los votos perpetuos de la vida religiosa tienen hoy poco sentido y a muchos les resultan incomprensibles, expresión de espíritus, anclados en un pasado inexistente, que se resisten a aceptar los nuevos tiempos.

Gracias a las nuevas tecnologías, la relación espacio – tiempo, está variando a una velocidad increíble: ahora con un simple “click” nos conectamos a una información inabarcable, pero líquida, ya que nos cuesta mucho convertir la información en conocimiento; nos movemos por terrenos pantanosos que se han venido a denominar de la “posverdad”, que es una distorsión deliberada que manipula emociones y creencias con el fin de influir en la opinión pública. Si bien el diálogo, fundamento de la política, exige la veracidad y la verdad, hoy las noticias falsas, la mentira descarada, son recursos cada vez más utilizados por publicistas y políticos para engañar y manipular a los ciudadanos e imponer como verdad lo que saben bien que es completamente falso.

Tampoco podemos olvidar que a este mundo virtual no todo el mundo tiene igual acceso, con lo que a las nuevas discriminaciones y desigualdades, habría que añadir la discriminación digital, dado que las poblaciones más vulnerables y los grupos empobrecidos y excluidos, escasamente pueden acceder al mundo de internet. Por ello, hoy se han acuñado los términos de infopobres e infóricos, para subrayar la brecha digital. Y si para muchas personas, navegar por internet es una acción cotidiana, no podemos olvidar que en todo el mundo todavía hay más de 4.000 millones de personas que viven sin acceso a internet. Según datos de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), la agencia para la comunicación y las nuevas tecnologías, tan solo un 51% de la población mundial está conectado a internet: más del 85% en las regiones desarrolladas (Europa, Norteamérica), pero menos del 40% en regiones más pobres, como África y Latinoamérica, en especial, Venezuela, que tiene la peor conectividad del continente.

Por si fuera poco, sobre todas esas crisis se cebó el coronavirus, conocido luego como Covid19, que trajo más incertidumbre, miedo, sufrimiento y muerte. La covid19 puso de manifiesto muchas de las carencias de nuestra sociedad y, en especial, de la educación. Esta pandemia ha señalado su fragilidad, la brecha de desigualdad que existe entre nuestros alumnos y el escaso poder de innovación que posee nuestro sistema educativo. Ante estas realidades, urge que reflexionemos y nos planteemos en serio cómo educar en estos tiempos tan inciertos e inseguros. No es fácil responder una pregunta tan seria, pero pienso que en primer lugar, y dada la situación de colapso generalizado de la educación en Venezuela, habría que hacer todos los esfuerzos necesarios para garantizar a todos educación, que es el medio esencial para el desarrollo personal y social. Esto exige defender la educación pública, de calidad, como derecho fundamental y combatir la mentalidad que quiere hacer de ella una mercancía.

La educación moldea vidas. La cantidad y calidad de la educación que una persona recibe influyen en su productividad, sus ingresos y su bienestar. A todos nos conviene tener más y mejor educación y que todos los demás la tengan. Con una pobre educación, sólo tendremos un pobre país. Junto a esto, debemos abandonar de una vez esa educación que enseña a responder preguntas intrascendentes y ajenas a la realidad e inquietudes de los estudiantes, y trabajar por una educación que nos enseñe a interrogar permanentemente la realidad de cada día para descubrir los mecanismos de opresión y discriminación, y promueva el pensamiento crítico y autocrítico.

Educación que nos enseñe no a repetir información, sino a procesarla y analizarla. Educación para resolver problemas, para saber reconocer y desmitificar las propuestas mágicas de certidumbre que nos llegan de los centros de un poder que no buscan precisamente transformar el mundo, sino mantenerlo en su injusticia e inhumanidad. Educación que nos enseñe a desaprender, aprender y reaprender permanentemente; que promueva más que la enseñanza el aprendizaje continuo. Educación que se integre y articule cada vez con mayor firmeza con las familias y las comunidades. Educación que reflexione sobre el uso poco adecuado y la excesiva mitificación de las tecnologías, que tiene el peligro de propiciar y fomentar una educación bancaria, transmisiva y no una educación que promueve el pensamiento crítico, el aprendizaje y coaprendizaje permanentes, el diálogo de

saberes. Hoy, por lo general, las tecnologías se están utilizando de un modo transmisivo, como los antiguos pizarrones o libros de texto. Es urgente que nos atrevamos a utilizar las tecnologías para la autonomía en el aprendizaje. Por ello, la dotación de tecnologías debe ir acompañada de formación pedagógica para garantizar un uso apropiado de ellas.

Pero más allá de todo esto, la educación debe retomar con fuerza su esencia humanizadora y orientarse a la formación de los valores humanos esenciales que nos permitan realizarnos como auténticas personas, convivir con los otros diferentes, y defender la vida humana, animal y vegetal donde quiera que esté siendo amenazada, maltratada y destruida. Educación que considere la diversidad como riqueza, fortalezca la cultura democrática, y combata los comportamientos racistas, discriminatorios y excluyentes.

De ahí, en breve, la necesidad de una educación que promueva el pensamiento crítico, el desarrollo de habilidades comunicativas y creativas, las capacidades para sustentar la disciplina del aprendizaje continuo y del trabajo en equipo, y sobre todo, la formación humana. Educación que enseñe a conectar corazón, cuerpo y cerebro y cultivar el mundo interior. A desarrollar una inteligencia emocional y espiritual que permita comprender, modular, y transformar las emociones y entender los sentimientos de las personas y desarrolle la empatía y la comprensión. Educación en breve que nos enseñe a vivir, a convivir con los otros diferentes y con la naturaleza y a gastar la vida para que todos tengan vida en abundancia.

Dr. Antonio Pérez Esclarín

pesclarin@gmail.com

@pesclarin / www.antonioperezesclarin.com

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.